

EN MAYO DE 1359, ESTANDO JUAN II EL BUENO DE FRANCIA CAUTIVO EN MANOS DE SU RIVAL EDUARDO III DE INGLATERRA, ESTE ÚLTIMO LE PROPUSO LA FIRMA DE UNA PAZ. A CAMBIO DE LA SOBERANÍA SOBRE GASCUÑA, GUYENA, POITOU, SAINTOGNE, ANGOUMOIS, ANJOU, TURENA, MAINE Y NORMANDÍA, EL INGLÉS RENUNCIARÍA A SUS DERECHOS SOBRE LA CORONA DE FRANCIA.

La última campaña de Eduardo III

Hacia Reims y París (1359-1360)

por Christophe Masson - Université de Liège

Prisionero desde 1356, el rey galo no tenía otra opción que aceptar, deseoso como estaba de recobrar su libertad y seguramente convencido de que tarde o temprano le sería posible recuperar de nuevo todos los territorios cedidos, o en todo caso de no perder ninguno más. Pero al otro lado del canal de la Mancha gobernaba ahora su heredero el delfín Carlos (el futuro Carlos V) y, en conformidad con los Estados Generales, rechazó de plano la propuesta inglesa. Según ellos, era preferible librar una guerra sin fondos antes que contar con un rey libre en un reino gravemente amputado. Aceptar sería como retroceder a la situación del siglo XII y el reinado de Enrique II Plantagenet.

Ante el rechazo de su propuesta, Eduardo III decidió tomar de nuevo las armas y reanudar la guerra en Francia. A decir verdad, era un proyecto planeando hacía meses, pero pospuesto ante la perspectiva de un acuerdo. La paz por la que habría abandonado toda pretensión sobre la Corona de Francia había sido rechazada, por tanto habría guerra y, quién sabe, quizá acabara sentándose un Plantagenet en el trono de Francia. Apresuradamente se reclutó a los arqueros ingleses, los armadores de los Países Bajos prepararon y abastecieron los navíos necesarios para el desembarco y,

▲ Efigie mortuoria en bronce del rey EDUARDO III DE INGLATERRA (reg. 1327-1377) cuyo reinado fue sin duda uno de los más exitosos de la historia de su país, así como uno de los más prolongados. Su tempranísimo y poco ortodoxo acceso al trono, a la edad de 14 años, no auguraba un futuro demasiado prometedor. Este se produjo por el destronamiento de su padre víctima de una conjura orquestada por su madre Isabel ("la Loba de Francia") y el amante de esta, Roger Mortimer, que se convertiría *de facto* en regente del reino. A los 17 años Eduardo logró derrocar a este último mediante un golpe palaciego y gobernar, en adelante, en solitario. Tuvo también gran éxito en someter a su propia nobleza, levantisca, y a los vecinos escoceses, a quienes derrotó en batalla. Su parentesco con la dinastía Capeta (su madre era hija del rey Felipe IV) justificaron la candidatura de Eduardo al trono de Francia ante la extinción de todos los miembros de esta familia y el acceso al mismo de un soberano Valois, Felipe VI (véase *Desperta Ferro Antigua y Medieval* n.º 32: *La Guerra de los Cien Años (I)*). Así dio comienzo la Guerra de los Cien Años, cuyos primeros años se caracterizaron por el triunfo arrollador de las armas inglesas, particularmente en los enfrentamientos de Crécy y Poitiers, y la hegemonía inglesa en el continente. Y, si bien estas victorias no permitieron que Eduardo llegara a ceñir la corona de Francia, sí que consolidará y ampliará sus posesiones en Gascuña y Aquitania, así como la adquisición del importantísimo puerto de Calais. Ahora bien, su fortuna en el campo del honor no sería siempre la misma, como ejemplifica la campaña de invierno de 1360 expresada en estas mismas páginas.

como era costumbre, se arrendaron los servicios de mercenarios.

El 12 de agosto se declaró la guerra. El rey de Inglaterra se encontraba claramente en una posición de fuerza, confiado en la estabilidad interna de su reino y en la fidelidad de los hombres a quienes había apostado en el continente. Sin embargo, tendría que esperar hasta el 28 de octubre para ver su flota partir a través del canal de la Mancha y desembarcar en Calais con 3474 peones y entre 1700 y 1750 caballeros, sin contar con los artesanos y sus molinos rotatorios y hornos de campaña, y el material de caza y pesca indispensable para el suministro del ejército.

Sin embargo, desde incluso antes de la llegada del rey ya se estaban agotando los víveres en Calais, por lo que se envió a los mercenarios alemanes a la campiña para que se abastecieran sobre el terreno y no consumieran los suministros reservados para el resto. Enrique de Grosmont, duque de Lancaster, y Roger Mortimer, conde de March y mariscal del ejército, recibieron la responsabilidad de lanzar dos incursiones paralelas, la primera en dirección a Arras y el Somme, y la segunda a lo largo de la costa, pero en ambos casos el éxito rehuía a los ingleses: tras la batalla de Poitiers (1356) la práctica totalidad de

▼ Letra capital de un manuscrito redactado en torno a 1390 en la que se muestra al REY EDUARDO III DE INGLATERRA entregando el título de duque de Aquitania a su hijo, EDUARDO DE WOODSTOCK, más tarde conocido como el PRÍNCIPE NEGRO. Woodstock contaba con todas las cualidades necesarias para suceder a su padre en el trono: excelente pericia militar, demostrada entre otros casos en importantes enfrentamientos como Crécy y Poitiers; caballero fundador de la primera orden de caballería inglesa, aquella de la Jarretera; y probada experiencia diplomática. Por desgracia para el reino, el príncipe moriría de disentería en 1376 (a los 45 años de edad), un año antes que su padre. Su memoria se articula en torno al reconocimiento de su gran capacidad militar (particularmente en la historiografía anglosajona) frente a la brutalidad y violencia indiscriminada de sus cabalgadas o *chevauchées* (en la historiografía gala), de la que es botón de muestra que el cronista francés, y coetáneo suyo, Philippe de Mézières lo bautizara como el peor de los "jabalíes negros" de la historia de la cristiandad. Cotton MS Nero D VI, f.31r. British Library.

las poblaciones se habían dotado de sólidas murallas y defensas que permitió que fueran eficazmente defendidas por un escaso contingente.

EDUARDO INICIA LA CAMPAÑA

El soberano inglés partió de Calais al frente de sus tropas un 4 de noviembre con el objetivo de, según la tradición de los Capeto, entrar en Reims y ser coronado rey de Francia, con la esperanza, quizá fundamentada, de que el arzobispo Juan de Craon fuera favorable a su causa. En su ruta por Artois, Cambrésis y Vermandois los ingleses no hallaron forma alguna de enfrentarse a las tropas francesas. Sus líderes habían tomado la decisión de permanecer en las ciudades, dado que los preparativos de la campaña inglesa se habían demorado largo tiempo y les había permitido acaparar víveres, reparar sus muros y prepararse para un eventual sitio.

En consecuencia, el rey Eduardo, que carecía de máquinas de asedio, se vio en verdaderos apuros, incapaz de conquistar las ciudades que hallaba a su paso y empujado por tanto a una frenética búsqueda de alimento para las tropas y forraje para las bestias. Se acató escrupulosamente la orden del delfín Carlos de mantener las puertas cerradas y no aventurarse a campo abierto, para no presentar batalla al enemigo y evitar que la economía francesa sufriera perjuicios importantes. Para facilitar, sin duda, su cada vez más dificultoso abastecimiento, los ingleses avanzaban divididos en tres contingentes dirigidos respectivamente por el rey, el príncipe de Gales y Enrique de Grosmont, que sembraron a su paso la desolación por todo el territorio entre Calais y Reims. Las tres divisiones se reunieron a unos 50 km al norte de su destino, antes de volver a separarse por última vez, a principios de diciembre, con objeto de poner sitio a Reims.

EL ASEDIO DE REIMS

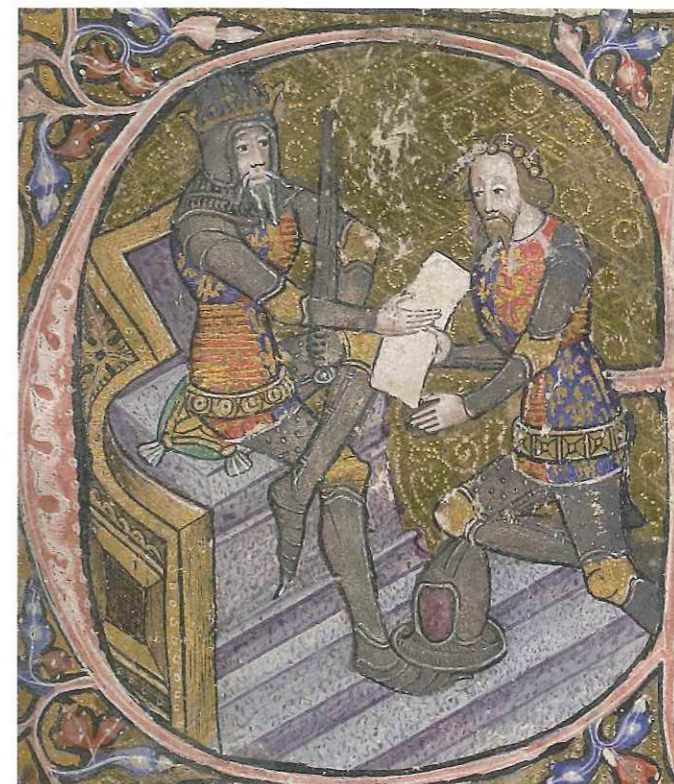
El rey inglés se mantuvo inactivo ante la ciudad de saint Rémi, donde el arzobispo, bajo sospecha, fue privado de todo poder

por el capitán que él mismo había nombrado: Gaucher de Châtillon. Este mantenía las puertas cerradas, seguro de disponer de más víveres que su sitiador. En semejante posición de fuerza, en vez de hacer salidas contra los ingleses para levantar el asedio, dejó que estos murieran de hambre. Por su parte, los ingleses no contaban con los medios para lanzar un asalto de entidad, único modo posible de apoderarse de la ciudad, de modo que se limitaron a operar en los alrededores para abastecerse, una tarea en la que se distinguió el henaense (de la región de Henao) Eustaquio de Auberchicourt quien, tras haber entregado al rey y a su séquito las cubas de vino saqueadas en Attigny, asaltó y tomó varios castillos y devastó las poblaciones vecinas. Ahora bien, estos éxitos menores no bas-

taron para evitar que Eduardo III se viera obligado a abandonar su proyecto de ser coronado en Reims.

El inglés levantó su campamento el 11 de enero de 1360 y tomó la decisión de ir allá donde pudiera encontrar víveres, eso sí, sin que a nadie se le pasa la cabeza la idea de retroceder sobre sus propios pasos, pues ello sería considerado una terrible vergüenza. Así, descendió hacia el sur, y libró al ducado de Bar de ser devastado a cambio, cabe decir, de una gran suma de dinero. A continuación saqueó la abadía de Pontigny, el territorio de

Chablis y la ciudad de Tonnerre, donde a pesar de todo el castillo se le resistió. El 13 de marzo recaló frente a la imponente fortaleza de Flavigny, en el corazón del ducado, y allí recibió de manos del duque de Borgoña, el aún niño Felipe de Rouvres (o de Borgoña), 200 000 *moutons d'or* [N. del E.: moneda de oro con la imagen de un Cordero de Dios, de ahí el nombre *mouton*, "cordero" en francés] a cambio de su protección. Y es que en Borgoña pareció haberse encontrado con una facción favorable a la coronación de Eduardo como rey de Francia. Durante las negociaciones, su primogénito, el Príncipe Negro, viajó en dirección a Auxerre, pero al caer la noche su campa-



mento fue atacado y muchos de sus caballeros y escuderos murieron, al igual que las partidas enviadas a los alrededores para forrajear, que fueron masacradas.

ASEDIO DE PARÍS Y BLACK MONDAY

Finalmente, el rey de Inglaterra tomó rumbo a París, permitiendo que sus hombres incendiaran y saquearan las regiones a su paso, con mayor saña aún que antes. Todas las tierras, aldeas y cultivos en torno a las ciudades fueron incendiados, en ocasiones por los propios franceses para evitar que cayeran en manos inglesas y privarles así de todo abrigo y vitualla.

El asedio de la capital comenzó el 7 de abril. Sitiadores y sitiados se observaron mutuamente durante dos días, sin que nadie se atreviera a lanzar un asalto o hacer una salida. Tomar París por la fuerza bruta era incluso más descabellado que hacerlo en Reims, por lo que había que buscar otra fórmula. El rey Eduardo se propuso que la presión sobre la ciudad hiciera que sus habitantes se dividieran y que, con suerte, una facción de la burguesía decidiera sumarse a su causa, o incluso que, ante una precaria situación, el delfín Carlos se viera obligado a plantear batalla campal. De hecho, el 12 de abril el inglés lo reto en vano a combatir. Al día siguiente, los ingleses se vieron obligados a levantar el sitio para hallar víveres y recibir tropas de refuerzo, nada de lo cual se podía conseguir mientras durase el inútil asedio de París.




Tras su partida, en dirección a Chartres, comenzaron en circunstancias desiguales las negociaciones entre el Príncipe Negro y el delfín Carlos: el ejército inglés había sufrido a causa del duro invierno y de una primavera que apenas había sido mejor, mientras que el delfín se había aliado con los escoceses e incluso había llegado a hostigar la

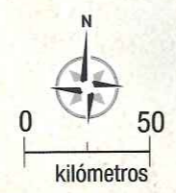
propia Inglaterra mediante un desembarco en Winchelsea. Se suele decir que la terrible tormenta que cayó sobre los ingleses el lunes 13 de abril –recordado desde entonces como *Black Monday*– fue lo que les obligó a sentarse en la mesa de negociación, pero lo cierto es que ya por entonces la situación era lo suficientemente insostenible, aun a pesar de las vituallas recibidas desde Honfleur poco antes.

LA PAZ DE BRÉTIGNY

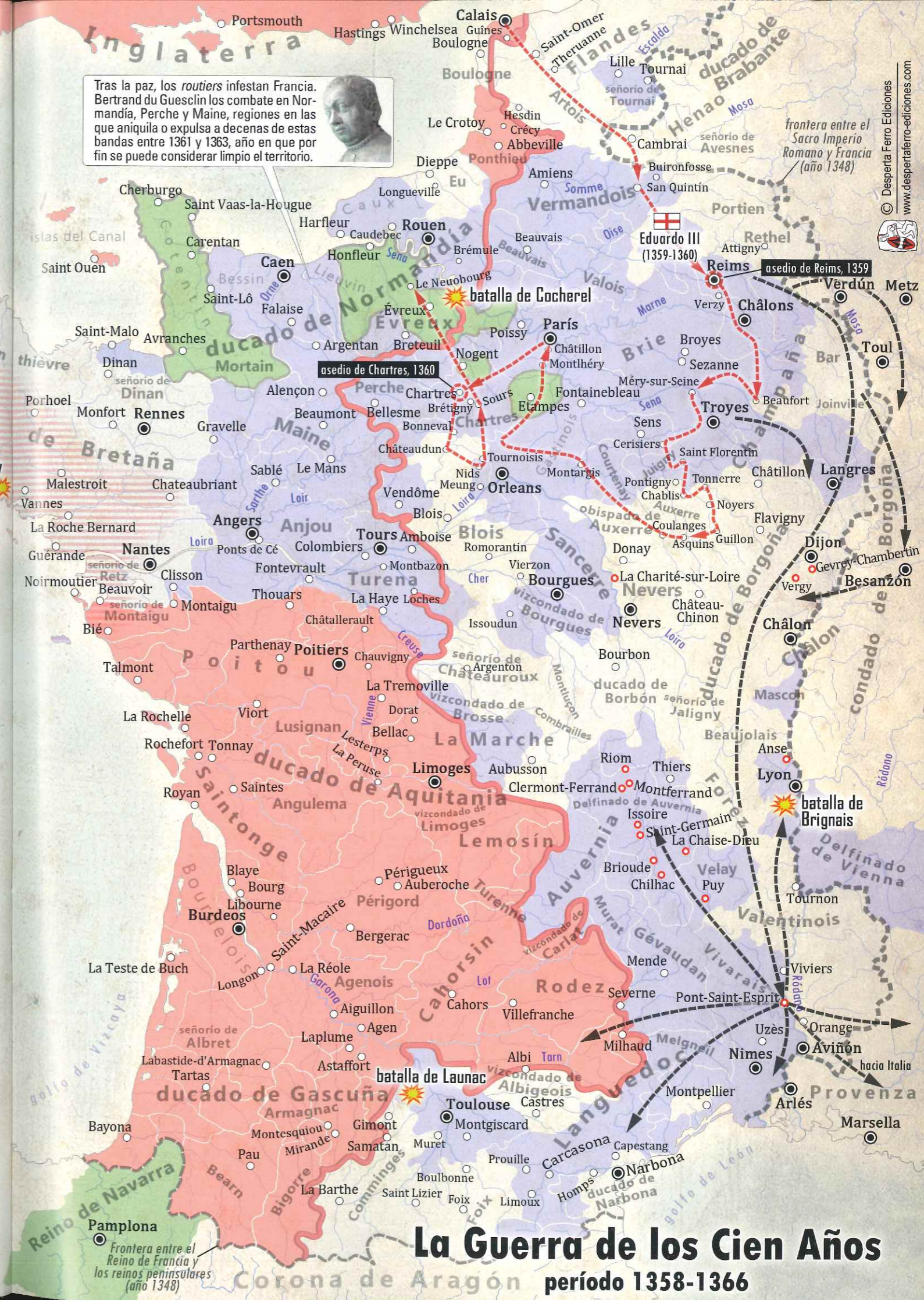
Animado por sus allegados y por los cardenales enviados por el papa, el rey Eduardo renunció finalmente a la guerra y entabló contactos con los franceses. Finalmente, el 8 de mayo en Brétigny (a una docena de kilómetros de Chartres) los representantes de las dos partes firmaron un tratado, que sería sancionado por ambos reyes el 24 de octubre. Conforme a los términos del tratado, la soberanía plena sobre los territorios de Gascuña, Guyena, Bigorre, Agenais, Rouergue, Périgord, Lemosín, Saintonge, Angoumois, Poitou y Ponthieu pasaba a manos del rey de Inglaterra, mientras que los franceses se comprometían a ofrecer tres millones de escudos de oro como precio por el rescate del rey Juan II el Bueno, una suma que de todos modos la Corona de Francia será incapaz de pagar.

Por otro lado, este acuerdo provocaría la aparición en el sur de Francia de miles de antiguos combatientes ahora desmovilizados, que se organizarían en las llamadas *Grandes Compagnies*. Sus miembros, tanto capitanes como subordinados, de extracción social diversa, se considerarían todos ellos miembros de una "aristocracia guerrera" propia de aquellos tiempos, dado que el oficio de las armas era una de las mejores vías de ennoblecimiento. Unas comunidades sustentadas por completo en la práctica de la guerra y que, protegidas en las murallas de las ciudades y fortalezas

-  Demandas territoriales de Eduardo III por el segundo Tratado de Londres, en 1359, aceptadas por el cautivo Juan II pero rechazadas por los franceses
 -  Última campaña de Eduardo III en Francia, 1359-60
 -  Territorios ingleses en Francia tras el definitivo Tratado de Brétigny, 1360
 -  Dominios reales, patrimonio del rey de Francia
 -  Territorios (dentro o fuera del reino) alineados con el rey de Francia
 -  Territorios patrimoniales del rey de Navarra, Carlos el Malo, en Francia, 1360
 -  Territorios aliados de Inglaterra con guarniciones inglesas, aprox. 1360, en el contexto de la Guerra de Sucesión Bretona (que termina en 1364)
- LOS ROUTIERS:** La Gran Compañía y los *Tard-Venus*
-  Dinámicas de movimiento principales de estas dos grandes agrupaciones
 -  Éxitos más relevantes en sus ataques a las ciudades
 -  Grandes batallas durante el periodo de paz entre Inglaterra y Francia tras Brétigny
- Brignais**, abril 1362 (victoria de los *routiers* y derrota de las fuerzas francesas)
 - Launac**, diciembre 1362 (victoria del conde de Foix sobre el de Armagnac)
 - Cocherel**, mayo 1364 (victoria francesa y derrota de las fuerzas de Carlos el Malo)
 - Auray**, septiembre 1364 (victoria anglobretona sobre las fuerzas francobretonas en la Guerra de Sucesión de Bretaña)



Tras la paz, los *routiers* infestan Francia. Bertrand du Guesclin los combate en Normandía, Perche y Maine, regiones en las que aniquila o expulsa a decenas de estas bandas entre 1361 y 1363, año en que por fin se puede considerar limpio el territorio.



La Guerra de los Cien Años

período 1358-1366

que conquistaban –en origen como parte de su servicio al rey Eduardo–, dominaron regiones enteras sometidas a la extorsión. Habría que esperar a comienzos de la década de 1390 para ver cómo Francia se desembarazaba de ellas, pero esa ya es otra historia.

LA TÁCTICA INGLESA

La campaña invernal de Eduardo III fue, indudablemente, la más ambiciosa de sus iniciativas en suelo francés. Con el rey de Francia cautivo, su pretensión no fue otra que, simple y llanamente, reemplazarle. Eso sí, comenzar una guerra en vísperas del invierno era algo fuera de lo común y poco aconsejable, como evidenciaban los tratados militares del periodo, que por el contrario recomendaban emprender las campañas en primavera o verano. Sin embargo, el mal tiempo tampoco era una garantía de fracaso, como prueba el hecho de que el mismo Eduardo III emprendiera con éxito el asedio de Calais, que se extendió desde septiembre de 1346 hasta agosto de 1347. Pero durante la campaña de 1359-1360 las condiciones meteorológicas sí parece que resultaron decisivas: a tenor de los cronistas de la época, el mal tiempo y las lluvias fueron tan copiosas y frecuentes que debieron de hacer muy difícil el abastecimiento del ejército inglés.

Y ello a pesar de que este estaba liderado por algunos de los mejores militares de la época, pues Eduardo III contaba con los mejores veteranos de Crécy y Poitiers: Tomás de Beauchamp, Roberto de

Ufford, Guillermo de Montagu “el Joven” e incluso Juan de Vere. Asimismo contaba el rey inglés con sus hijos Leonel de Clarence (o de Amberes) y Edmundo de Cambridge, así como el joven Juan de Montfort, pretendiente de la Corona de Bretaña. Junto al Príncipe Negro cabalgaban Guillermo de Bohun y Richard Stafford, así como su hermano (e hijo de Eduardo III)

Página del **SALTERIO DE LA REINA ISABEL DE INGLATERRA**, redactado e iluminado en torno a los años 1303-1308. El nombre del manuscrito se debe a que fue escrito para la reina de Inglaterra Isabel, más conocida como la Loba de Francia por su carácter intrigante, que fue esposa de Eduardo II y madre de Eduardo III. Bavarian State Library.

Juan de Gante. Cada uno de ellos conducía una mesnada de mayor o menor tamaño, compuesta por allegados suyos que dirigían a su vez compañías menores. La grandeza de este ejército refleja la ambición del proyecto militar del monarca inglés: obtener una victoria decisiva, por ejemplo, contra el delfín de Francia, que de este modo demostraría a todos el mundo ser indigno de suceder a su padre, igualmente doblegado por los ingleses. Pero, como ya hemos visto, Carlos evitaría a toda costa el enfrentamiento a gran escala con el enemigo y se limitaría a conseguir que este marchara, plantara y levantara campamentos inútilmente.

No obstante, el éxito de los ingleses en Borgoña, un ducado que atravesaba una grave crisis política interna y cuya defensa no se había preparado de modo tan concienzudo como en su vecina Champaña, demuestra que el plan inglés podría haber funcionado si la sorpresa del ataque no se hubiera perdido mucho antes de que este diera comienzo. Conforme al modelo de las *chevauchées* ejecutadas en años precedentes, su estrategia consistía en arrasarse una región entera sin dar ocasión al adversario a organizarse y preparar las defensas de sus plazas fuertes, donde la celeridad y la sorpresa constituían, por tanto, las dos condiciones *sine qua non*. La impedimenta debía reducirse al mínimo, y la mayor parte de los víveres debían adquirirse o sustraerse en el camino. Si bien es cierto que la expedición de 1359 tenía un objetivo mucho más ambicioso que las *chevauchées* precedentes, no lo es menos que su *modus operandi* era sin embargo muy similar, y la clave residía en ejecutarla con la mayor rapidez. Con la precipitada marcha en dirección a Reims, sin tan siquiera preocuparse por tomar las ciudades a su paso –al fin y al cabo demasiado bien fortificadas–, el plan inglés pretendía dar el golpe de gracia a los prostrados franceses.

LA RESPUESTA FRANCESA

Ante Eduardo III se perfilaba la silueta de un adversario decidido, el delfín Carlos, futuro arquitecto –junto con Bertrand du Guesclin (o Beltrán Duguesclín)– de la reconquista del Reino de Francia. Conocedor del plan de desembarco inglés desde el verano de 1359, Carlos marchó hacia

► Arcón de roble que contuvo los documentos del **TRATADO DE BRÉTIGNY** (24 de octubre de 1360) que, a cambio de la renuncia al trono francés por parte de Eduardo III, sancionaba la hegemonía de este último en el continente y consolidaba sus ganancias territoriales. Además, Juan II de Francia se comprometía a pagar un rescate ingente a cambio de su libertad. De hecho, no es descabellado afirmar que este tratado sirve de hito que marca la cima del poder de Inglaterra en el contexto de esta larga guerra. La decoración del arcón comprende los escudos de Inglaterra, Francia, Juan de Buckingham, Guy de Bryan, Ricardo de Arundel, el delfín de Francia y Eduardo de Woodstock, entre otros. Por su parte, la tapadera muestra la leyenda *Pax facta inter reges et regna Anglie et Francie die xxiv* (“paz firmada entre los reyes de Inglaterra el día 24 [de octubre de 1360]”).



de estas escaramuzas en la que caería prisionero el joven Geoffrey Chaucer [N. del E: célebre autor de los *Cuentos de Canterbury*].

UNA CONCLUSIÓN POLÍTICA

A pesar de todo, no debemos sacar la conclusión de que la campaña fue un revés para el rey de Inglaterra pues aunque ciertamente fracasó en su afán por ser coronado en Reims y en tomar París, lo cierto es que la campaña demostró claramente la incapacidad de la Corona de Francia para hacerle frente. Eduardo atravesó con impunidad toda la mitad septentrional del reino sin afrontar mayores riesgos que la mera escasez de víveres y el mal tiempo. Y, al término de su *chevauchée*, extendió su soberanía sobre casi media Francia. Dicho con otras palabras, Eduardo alcanzó sus objetivos sin tener que librar una gran batalla sino merced, simplemente, a la exhibición de su superioridad militar.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- Ayton, A. (1994): *Knights and Warhorses. Military Service and the Aristocracy under Edward III*. Woodbridge: Boydell.
- Barber, R. (2013): *Edward III and the Triumph of England. The Battle of Crécy and the Company of the Garter*. London: Penguin Books.
- Delachenal, R. (1939): *Histoire de Charles V, t. II, (1358-1364)*. Paris: Librairie Alphonse Picard & fils.
- Lot, F. (1946): *L'art militaire et les armées au Moyen Âge en Europe et dans le Proche Orient*, t. I. Paris: Payot.
- Ormsod, W. M. (2013): *Edward III*. New Haven/London: Yale University Press.
- Rogers, C. J. (2000): *War Cruel and Sharp. English Strategy under Edward III, 1327-1360*. Woodbridge: Boydell.

► Bibliografía completa en www.despertaferro-ediciones.com



Christophe Masson es doctor en Historia y colaborador científico de la Université de Liège. Sus trabajos versan acerca de la sociedad y la cultura militares a finales de la Edad Media en Francia, Italia y los Países Bajos.

Reims y el 10 de julio despachó un mensajero a la ciudad con órdenes de poner a punto sus defensas. De hecho, ya desde las derrotas de Crécy (1346) y, especialmente, Poitiers (1356) se habían erigido, al menos parcialmente, nuevas fortificaciones por miedo a un ataque inglés. En paralelo, Gaucher de Châtillon hizo demoler varias fortalezas menores para evitar que fueran empleadas por los ingleses y Carlos dio instrucciones semejantes en otros muchos lugares, entre ellos la propia París. Como consecuencia, los sitiadores se quedaron sin víveres ante los muros de Reims mucho antes que los propios asediados, lo que obligó a los primeros a lanzar expediciones a decenas de kilómetros de distancia para abastecerse.

Todo apunta, por tanto, a que los franceses habían aprendido bien la lección de las grandes *chevauchées* inglesas de los años precedentes. No se trataba de ceder la iniciativa al adversario, sino de evitar el enfrentamiento directo y asegurar las principales plazas fuertes de la mitad septentrional del reino, lo que hacía inútil la expedición de un rey de Inglaterra que no estaba equipado para capturar una ciudad como Reims. Aunque efectivamente no dejaba de ser un reconocimiento de su propia debilidad –Francia era incapaz de librarse de la amenaza inglesa salvo evitando el combate directo–, la estrategia del delfín resultó verdaderamente eficaz y los únicos choques que se produjeron fueron en todo caso de muy escasa entidad.

Es más, los franceses pusieron todo su empeño en dificultar el abastecimiento del enemigo, y con gran éxito. Se había “hecho un vacío” de Calais a Reims, pero también en Normandía, donde los víveres se habían trasladado a lugares seguros, al interior de las ciudades, o de lo contrario destruidos. Como consecuencia, los objetivos de las cabalgadas inglesas fueron más difíciles de alcanzar, y los medios necesarios se redujeron: los primeros ya no podían ser tomados rápidamente o por sorpresa, pues se había mejorado la guarnición de las ciudades, y tampoco disponían ya de los víveres y el forraje indispensables para ejecutarlas con la debida rapidez. Además, los franceses no se limitaron a esto y, tras la retirada inglesa de París, numerosos contingentes franceses de pequeño tamaño comenzaron a hostigar al enemigo y sería precisamente en una